

Marcelino Camacho, cultura entre rejas

La mayoría de los mortales occidentales solemos aprender en la escuela o en la calle. La primera vía sólo tiene el mérito de saber aprovechar la oportunidad, de la segunda echémosle la culpa al destino traicionero. A Marcelino Camacho la vida le marcó otro camino. Cuando tenía once años, poco antes de dejar el colegio, su maestro le dijo, "Te he enseñado todo lo que yo sé. Aquí ya no aprenderás más." EL resto lo aprendió por su cuenta. Estudió trigonometría en el horizonte de una celda; Economía, en una galería de convictos; recreó gestas y enseñanzas de la Historia en el campo de concentración de Tánger y por los patios de la prisión de Carabanchel. En fin, cultura entre rejas y carceleros. Hay que tener coraje. ¿0 no?

Pascual Sicilia

«Comencé a ir a la escuela antes de los cinco años. En mi pueblo, Osma la Rosa, había un colegio para chicos, que lo llevaba un cura, y otro para niñas, a cargo de una maestra. Yo empecé con la maestra y al cumplir los cinco años me pasaron con el cura, que además de maestro era administrador de la Sociedad Industrial Castellana. Se llamaba Manuel Macho y aplicaba los viejos métodos, tiraba de las orejas, te metía un palito entre las uñas. De esto hace ya sesenta años.»

Impresiona su memoria de elefante. Es muy capaz de citar nombre y dos apellidos del aludido, lugar donde lo conoció, actividad que desempeñaba, y todo de carrerila, sin grandes esfuerzos. **«Este cura se marchó cuando yo tenía siete años. Vino a sustituirle don Feliciano Rivas Bocos, también cura, y con él estuve hasta el foral. Un día me dijo: "Te he enseñado todo lo que sé -raíces cuadradas, cúbicas-. Si quieres seguir conmigo ya sabes que no aprenderás más".»**

A estas alturas ya había adquirido toda la ciencia que su pueblo había sabido darle. Incluso ejercía de alumno de confianza mientras el cura-maestro atendía la administración de la Sociedad Industrial Castellana. **«Jesús Coronillo -compañero de clase- y yo, desde las 8 hasta las 9,30, en ausencia del maestro, tomábamos las lecciones a los chavales y dábamos puntuación a los que tenían un nivel más bajo. Además, estaba obligado a ayudar a misa, nos turnábamos una semana cada pareja de chavales. En aquel tiempo no se veía mal todo esto. No me quedan fijaciones de aquella educación, mi vida ha sido como la de toda mi generación, hemos pasado la guerra, la cárcel, los campos de concentración. En definitiva, un shock más fuerte anula los otros.»**

Osma la Rosa creció al calor de la fábrica de azúcar y el ferrocarril. Faltan sólo unos años para el comienzo de la Guerra Civil y Marcelino Camacho, con once primaveras, abandona definitivamente la escuela. Inicia su preparación de ingreso al FF.CC. porque antiguamente **«el hijo era lo que era el padre»**. Pero antes de pasar la hoja, Marcelino recuerda la historia infantil de una riña. Y una rebeldía. **«Teníamos enfrentamientos con los seminaristas, porque nosotros éramos un pueblo rojillo, nos llamaban la pequeña Rusia. Iban vestidos con su sotanilla y nos liábamos a pedrada limpia. Recuerdo también que un día castigaron a mi primo, Alejandro del Valle, a quedarse encerrado en clase y sus hermanos y yo nos fuimos para la escuela a gritar "orden y mando que salta el Alejandro".»**

Y el futuro Secretario General de CC.OO., nacido en cuna trabajadora, bebió deprisa cuantas ideas, a su parecer, interesaban a su clase. **«El cura quiso que fuese al**

seminario, pero mi padre no quiso, y yo tampoco. Mi padre era de izquierdas y, desde luego, yo también, porque el azar cuenta mucho y mi pueblo era frecuentado por maquinistas, fogoneros, etc., que trabajaban en el FF.CC. y todos ellos eran de izquierdas. Leíamos un semanario que se llamaba algo así como "El gayo luchador" que hacía el padre de Federica Montseny, la publicación era medio ácrata aunque realizaba unos planteamientos muy pegados al terreno, ceñidos a la realidad. También leía otro tipo de cosas porque mi padre, que era de tendencia socialista, en la época de la Monarquía recibía "El Socialista" y propaganda republicana.»

El azar, efectivamente, jugó su baza y tomó acomodo en la joven personalidad de Marcelino. En el 34, con quince años, ingresó en la UGT y en el 35 en el PCE. Comienza a estudiar marxismo con un compañero ferroviario trasladado de su anterior destino por haber participado en la Revolución de Asturias. Luego, la guerra. **«Me pilló en zona de Franco y me pasé a la republicana. Al terminar la contienda, anduve por Madrid hasta que me localizaron y en la cárcel empecé a aprender. Allí se me planteaba el cómo ser útil a mi clase. ¿Qué métodos emplear? ¿Qué estudiar? Pues lo que era útil: en lo político, economía, y en lo profesional, matemáticas. Esta última materia nos la daba un canario llamado Guillermo Ascanio, en la prisión de Comendadora. Era ingeniero industrial y había estudiado en Berlín. Al final lo fusilaron por pertenecer a la Junta de Casado.**

Aprendí economía con Sevilla, delegado del Banco de España, acusado de haber firmado salidas de oro a Francia y Rusia. Si tuviera que rehacer mi vida sería economista.»

A partir de aquí la historia es conocida, el Campo de Concentración de Tánger, Carabanchel, Comendadora, Navahermosa. En todas partes Marcelino Camacho se ha preocupado de continuar ampliando conocimiento. Las cosas, afortunadamente, cambiaron, y ahora Marcelino apuesta por otro tipo de educación, más libre, más normal, porque la suya fue atípica. **«Se impone una educación que sea activa y no pasiva como antes. La autoridad del profesor se debe basar en la confianza. En estos momentos, la LODE da un paso adelante, aunque el PSOE ha hecho bastantes concesiones. No es lo que se podría exigir de un Gobierno socialista. Pero es un paso positivo que hay que ir completando.»**